



EL BARCO
DE VAPOR

Mi padre quiere casarse con tu madre

Christine Nöstlinger

Ilustraciones
de Erica Salcedo



sm

Primera edición: octubre de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Als mein Vater die Mutter
der Anna Lachs heiraten wollte*
Traducción del alemán: Alejandra Freund

© del texto: Christine Nöstlinger, 2015
© de las ilustraciones: Erica Salcedo, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

ME GUSTA OCUPAR MUCHO ESPACIO

MI ABUELA DICE que los gatos presienten las catástrofes. Muchas horas antes de que se produzca un terremoto, ya están nerviosos, dando vueltas, con el pelo erizado y las orejas echadas hacia atrás. O se resguardan en lo alto de un árbol el día antes de que un lugar se inunde por una subida de las aguas. Incluso hubo una vez un gato que, una tarde, comenzó a dar vueltas por la casa maullando de forma desconsolada. Todo el mundo pensaba que se había vuelto loco. El pobre animal chillaba tan alto que nadie lograba dormirse. Y menos mal, porque a media noche comenzó a arder la cocina, quién sabe por qué, y un gas venenoso se extendió por toda la casa. Si hubieran estado durmiendo apaciblemente, nunca se habrían vuelto a despertar.

Por desgracia, en casa no tenemos gato, pues a mi padre le dan unos terribles ataques de tos y estornudos cuando flota por el aire algún pelo de gato. Es posible que un gato hubiera sido inútil para el tipo de desgracia que me aguardaba, pues no estamos hablando de cosas

como fuego, inundaciones o terremotos, sino de «follo-
nes entre personas» (como lo llama mi madre). De eso
no me habrían podido prevenir ni diez gatos, aun con
el don de predecir este tipo de cuestiones. Porque siem-
pre fui un tontorrón bastante ingenuo que pensaba que
su padre era sincero con él y no le escondía ningún se-
creto.

En cualquier caso, no sospeché nada cuando, el úl-
timo día de las vacaciones de Navidad, me dijo:

–Hijo, mañana habrá una alumna nueva en tu clase,
la hija de una compañera de trabajo. Sería estupendo
si pudieras ocuparte un poco de ella.

Yo, que estaba picando la carne para los espaguetis
carbonara, suspiré y murmuré:

–¡Pues vaya!



Y es que el único sitio libre de toda la clase se encontraba a mi lado. Me encanta estar solo en un pupitre para dos: me gusta extenderme cómodamente y es difícil colocar todas tus cosas en apenas cincuenta y seis centímetros. Aunque no soy una persona solitaria, me incomoda cuando alguien se pega demasiado y tengo que soportar el oír tan de cerca cómo eructa, mastica, se sorbe los mocos, se suena y se tira pedos. Tampoco necesito copiar a nadie durante los exámenes. Soy de los buenos de clase.

Mi padre malinterpretó mi murmullo de «¡pues vaya!» y dijo:

–No es fácil cambiar de colegio a mitad de curso. En esos casos es agradable contar con alguien que se porta bien contigo desde el principio.



Eché los daditos de carne picada en la sartén y la coloqué sobre el fogón. Mientras daba vueltas a la carne, dije:

–En mi clase casi todos son simpáticos, no hay acoso ni nada de eso.

Eso no era del todo cierto. En mi clase hay algunos niños a los que nadie invita a las fiestas de cumpleaños, que son ridiculizados cuando dicen alguna tontería en clase y que suelen pasar los recreos solos. Pero no sé si eso se puede llamar «acoso».

Mientras comíamos los espaguetis pregunté a mi padre por qué la hija de su compañera de trabajo se cambiaba de colegio a mitad de curso. ¿Es que había hecho alguna travesura y la habían expulsado de su colegio? Ya que tenía que compartir el pupitre, me habría divertido tener a alguien «problemático» a mi lado. En clase nunca ocurre nada especial, somos un grupo de mansos corderos.

Pero mi padre frustró cualquier esperanza. Me explicó que, sencillamente, su compañera de trabajo se acababa de mudar desde Salzburgo debido a que le habían ofrecido un puesto mejor en la sede de la empresa, en Viena.

Sorbí varios espaguetis y contesté mientras masticaba:

–De acuerdo, me ocuparé de ella.

Y lo decía totalmente en serio. Al fin y al cabo, no es fácil tener que mudarse de pronto a otra ciudad en la que no se tiene ningún amigo.

–Oye, Tapón, ¿estás haciendo ya la gran limpieza de primavera? –me preguntó Conny a la mañana siguiente,

cuando llegué a clase unos minutos antes de las ocho y me puse a limpiar la cajonera del sitio que hay al lado del mío: metí en una bolsa de plástico todas las cortezas de pan, restos descompuestos de manzana, cáscaras secas de mandarinas, bolas de chicle duras como piedras, virutas de sacar punta al lápiz y pañuelos arrugados.

En el colegio todos me llaman Tapón. Incluso la mayoría de los profesores. El mote me lo puso Adi Oso en primero. Por aquel entonces era el chico más bajito de clase. Seis años después he llegado a crecer bastante y ahora estoy entre los altos, pero me siguen llamando así. Y ahora que no soy el más bajito, no me molesta. Además, ese mote nunca me pegó del todo, pues un tapón, al igual que el último trozo de lápiz, un rabo cortado o una colilla, es solo una parte de algo mucho más grande, lo que no se aplicaba a mí. Pero un tontaina como Adi Oso no tiene en cuenta esos matices lingüísticos.

Quité las migas de la cajonera con un pañuelo y contesté a Conny:

—Hoy llega una nueva, y por desgracia el único sitio libre es este.

—¿En serio? ¿En mitad de curso? —preguntó Conny, asombrada. Y, por supuesto, quiso saber cómo me había enterado, y se lo expliqué, y al terminar de explicárselo sonó la campana, y justo cuando dejó de sonar entró nuestra profesora de Historia, la señorita Wurm, que en realidad se llama Tusnelda y es nuestra tutora, y a su lado iba una chica con un aspecto verdaderamente peculiar. Pequeña, con un poco de sobrepeso, piel blanca

cubierta de pecas de diferente tamaño, pelo rojo como un estropajo oxidado, hombros caídos, una boca con labios muy finos que recordaba a una hoz girada hacia abajo y enormes ojos azules. No llevaba mochila. Tan solo una bandolera espantosa de color verde chillón que le bamboleaba sobre la tripa.

La señorita Wurm guio a la peculiar niña hacia la pizarra, cogió un trozo de tiza, escribió con grandes letras mayúsculas ANNA LACHS y anunció:

–Esta es vuestra nueva compañera de clase, Anna Lachs. Viene de Salzburgo. Sed amables con ella y ayudadla a integrarse.

Y entonces señaló el pupitre vacío junto al mío y dijo:

–Mira, Anna, ¡ahí tienes un sitito!

Anna Lachs se acercó a paso de caracol hasta el pupitre, se dejó caer en la silla junto a mí y metió la bandolera verde chillón en la cajonera.

Quería ser simpático con ella, tal y como había prometido a mi padre, así que le dije en voz baja:

–Mi nombre es Cornelius Haberkorn, ¡pero todos me llaman Tapón!

–¿Y a mí qué me importa, idiota? –me gruñó Anna Lachs, y me miró como si fuera un repugnante insecto; el tipo de insecto que ni siquiera aplastarías para no tener que rozarlo.

Estaba atónito. ¿A qué venía esa grosería? Nunca me había topado con algo así. Moví la silla lo más lejos posible de mi nueva compañera de mesa, me recliné hacia atrás y traté de escuchar a Tusnelda, la de Histo-

ria, que estaba leyendo en voz alta un libro muy gordo sobre el fuero municipal de Viena del año 1221 y sus horripilantes castigos a asesinos y homicidas.

–«Si el homicidio es en defensa propia –decía en ese momento–, entonces se someterá al culpable a la prueba de fuego. Si la supera, será liberado; por el contrario, si el fuego le quema, será considerado culpable».

La señorita Wurm bajó el grueso libro, recorrió la clase con la mirada y preguntó:

–¿Sabe alguno de vosotros a qué se refieren con lo de «la prueba de fuego»?

Lo sabía, pero no levanté la mano. Nunca hablo voluntariamente en clase, me parece de empollones. Nadie levantó la mano. La señorita Wurm explicó entonces que se trataba de un juicio de Dios en el que al acusado se le daba una barra de hierro candente para que la llevara en las manos desde la pila bautismal de la iglesia hasta el altar mayor.

Adi Oso gritó escandalizado:

–¡Pero entonces todos los inocentes se quemaban las manos!

–Desgraciadamente, sí –comentó la señorita Wurm, compungida.

Aunque no debió de ser suficiente para Adi Oso, porque volvió a gritar:

–Pero si nunca nadie la superó, entonces... ¡hasta el más tonto tendría que haberse dado cuenta de que la prueba de fuego esa era absurda! ¿Es que estaban todos locos en la Edad Media?

La señorita Wurm no estaba dispuesta a seguir discutiendo el asunto con Adi Oso, así que pasó al «Ordenamiento del fuego».

Miré furtivamente a mi vecina. Estaba sentada en la silla con los brazos cruzados y la cabeza baja, como si hubiera caído en un profundo sueño, al estilo de la Bella Durmiente. Y se quedó en esa postura toda la mañana. No fue al baño, no sacó de la bandolera verde chillón ni un bocadillo para los recreos ni un bolígrafo o un cuaderno para seguir las lecciones. Tampoco reaccionó a los diferentes profesores que le dieron una simpática bienvenida al comienzo de cada clase.

Cuando sonó el timbre, tras la quinta hora, Anna Lachs se levantó, se colgó del hombro la bandolera verde chillón y salió de clase sin decir una palabra.

La señorita Kurz, con la que acabábamos de tener Matemáticas, la miró incrédula y murmuró:

–En realidad soy yo quien debería dar la clase por acabada.

Y Marius se giró hacia mí, sacudió la cabeza y señaló con pesar:

–Vaya, Tapón, menuda compañera más rara te has buscado. ¡A esa foca le falta un tornillo!

Después de clase, me fui a casa con Robi.

Robi tiene tres hermanos pequeños y una mamá ama de casa que cocina unos platos increíbles, y que se alegra mucho cuando Robi me lleva con él. Porque yo

siempre alabo su comida, cosa que nunca hacen sus cuatro hijos. Seguro que no tendría nada en contra de que fuera a comer allí cada día después del colegio, pero mi padre dice que eso sería abusar. Así que solo como con ellos los lunes, miércoles y viernes, que son los días en que tenemos deberes de Matemáticas.

En cierto sentido me gano las comidas ayudando a Robi con sus deberes de Matemáticas y corrigiéndole los fallos. Aunque parece que no tengo mucho talento como profesor, pues al siguiente ejercicio vuelve a cometer el mismo error. Posiblemente tenga que ver con que no entiendo cómo alguien no logra comprender lo que está claro como el agua. No tengo el don de ponerme en el lugar de una mente poco lista.

Me quedé con Robi hasta las cinco. Quería aparecer por casa cuando ya se hubiera largado Zierhut. Es nuestra asistenta: viene todos los días, siempre está de mal humor y se queja en voz alta de que cada noche mi padre y yo deshacemos el maravilloso orden que ella ha creado y lo convertimos en caos. Si estoy en casa cuando ella aún no ha terminado, entra en mi habitación (sin llamar) cada pocos minutos y protesta por algo. Me acusa de estar siempre caminando por la alfombra blanca del salón con los zapatos llenos de barro, de meter los platos demasiado sucios en el lavavajillas, de no cerrar bien el tubo del dentífrico y de que hago todo lo posible para hacerle la vida aún más difícil de lo que ya es. Y antes de irse, siempre dice:

—¡En esta casa tendría que volver a haber una mujer!

La situación es esta: mis padres se divorciaron hace cinco años. Como nuestra casa pertenecía a mi padre antes de la boda, mi madre se marchó y se compró un piso en el centro de la ciudad. Durante un año estuve yendo de un lado para otro: una semana con mi padre, una semana con mi madre. Se me hizo bastante pesado, sobre todo porque mi madre no tenía un horario fijo. Es fotógrafa y por aquel entonces trabajaba para una revista femenina. Por eso solía estar ocupada por las noches o los fines de semana y entonces tenía que pedir a una niñera que viniera a cuidarme o llevarme a casa de mi abuela. Y cuando la niñera no tenía tiempo o mi abuela estaba con migraña, acababa en casa de mi padre, a pesar de ser la semana de mamá.

Entonces mi madre tuvo la oportunidad de irse a trabajar a Nueva York durante medio año y, por supuesto, me quedé todo ese tiempo con mi padre. Cuando ella volvió de Nueva York, le dije que estaba harto del constante trajín y que quería vivir con mi padre; simplemente es mucho más cómodo: estoy a solo siete minutos del colegio, todos mis amigos viven en los alrededores, mi padre nunca tiene que coger un avión para volar de pronto a ningún lado, y tampoco hay que subestimar el gran jardín con hamaca y piscina en verano.

Además, es que me gusta ocupar mucho espacio. En el apartamento de mi madre solo tengo un cuarto pequeño, mientras que en nuestra casa tengo un baño propio y tres habitaciones. Una para la mesa de billar, la máquina de *pinball* y la maqueta del tren; otra es

mi dormitorio, sala de vídeo y televisión, y la tercera es el cuarto de trabajo con el escritorio, las estanterías y el ordenador.

La decisión de quedarme a vivir allí entristeció un poco a mi madre, pero también le simplificó bastante la vida. Podía pasarse semanas haciendo fotos en el extranjero y no tenía que rechazar encargos importantes por mi culpa. Así fue como se hizo una fotógrafa de éxito. Sospecho que ahora hasta gana más que mi padre, y eso que él gana mucho más que los padres de la mayoría de mis amigos. En cualquier caso, ahora mi madre se gasta el dinero sin reparo, nunca se queja de que algo sea demasiado caro y me compra ropa en tiendas en las que, según mi padre, solo entran señoritos forrados.

Ahora veo a mi madre una o dos veces al mes y siempre nos lo pasamos estupendamente. A veces también duermo en su casa los fines de semana. Y la llave de su apartamento sigue colgada de mi llavero. Pero solo en el chalé me encuentro como en casa.

Mi padre llegó a casa cuando ya me había metido en la cama y estaba viendo la tele. Subió pesadamente la escalera y me explicó entre bostezos: «Por desgracia... por desgracia he tenido que volver a hacer horas extra...».

Como soy considerado, quité el volumen de la televisión, aunque la acababa de poner, y le anuncié que tenía estofado de ternera en la nevera. Lo había preparado Zierhut. En realidad solo tiene que hacerme la

comida, pero normalmente se preocupa de que también tengamos cena.

Mi padre dijo que ya había cenado en la oficina un kebab del restaurante turco que había enfrente de la empresa, y que le estaba causando dolor de estómago y acidez. Entonces preguntó:

–Bueno, hijo, ¿y qué te parece la hija de mi compañera?

–No hay quien la aguante –respondí, y le conté cómo se había comportado esa persona tan extraña.

Mi padre murmuró con un suspiro:

–¡Pobre niña!

No me sorprendió: es el campeón mundial de la compasión. A los mendigos les da un billete de diez. Cuando ve un reportaje sobre niños pobres en la televisión ya no puede cenar. Hasta Zierhut le da pena.

–Lo único que se puede hacer con alguien tan gruñón y amargado –dijo– es tenerle lástima.

Por eso tampoco me sorprendió que antes de bajar añadiera:

–Hijo, hay que tener paciencia con algunas personas. Necesitan tiempo para comportarse como son de verdad, con su amabilidad habitual.

–Amén –murmuré cuando se hubo cerrado la puerta y volví a subir el volumen del televisor. ¡Demasiado tarde! La escena emocionante había pasado hacía mucho.

● 2

UN TONTORRÓN BASTANTE INGENUO

EL MARTES A LAS OCHO DE LA MAÑANA, cuando sonó el timbre anunciando el comienzo de las clases, el sitio de mi lado seguía vacío. El señor Eder, nuestro profesor de Inglés, esperó hasta las ocho y media y después marcó a Anna Lachs como «ausente» en la lista de clase.

–A esa no le hemos caído bien –señaló Adi Oso en el recreo de las diez–. Está buscando otro colegio.

Pero Lotti nos contó que había visto a Anna Lachs de camino al colegio. Estaba en el pequeño parque que está ahí al lado, sentada en un banco y mirando al vacío junto a una mochila roja.

–¡Pero si hoy por la mañana ha llovido a cántaros! –Robi sacudió incrédulo la cabeza–. Y además, hacía mucho frío. ¿Quién pasaría una mañana entera sentada en un banco del parque?

–A lo mejor alguien que está deseando ponerse enfermo para no tener que ir al colegio –sugirió Conny–. Una vez, mi prima bebió agua con jabón para vomitar y poder saltarse un examen de Matemáticas.



–¿Vomitó burbujas de jabón? –preguntó Adi Oso. Pero Conny no lo sabía.

Entonces discutimos sobre lo que le ocurría a un alumno que se saltaba clases sin justificante. Nunca habíamos tenido a nadie que hiciera pellas.

Laura nos aseguró que el hijo de nuestro cartero se perdió una vez una semana entera de clases y ningún profesor llamó al cartero. Al final, cuando este se enteró, montó una buena. Por el contrario, Marius afirmó que en nuestro colegio, si faltabas, los profesores llamaban a casa enseguida. Una vez que su hermano mayor hizo pellas, su padre se había enterado a las nueve de la mañana de ese mismo día.



Marius tenía razón. En nuestro colegio no esperan una semana: por la tarde mi padre me contó que la señorita Wurm había llamado a su compañera de trabajo a las diez de la mañana.

–¿Y bien? –pregunté.

–Se ha pasado la mañana intentando contactar con Anna cada pocos minutos –dijo mi padre–, pero le saltaba el buzón de voz.

–¿Y bien? –insistí.

–A mediodía volvió a encender el móvil, y aseguré a su madre que había ido al colegio, por supuesto, que los profesores se habían vuelto locos.

–¿Y bien? –inquirí por tercera vez.

Mi padre se encogió de hombros.

–Su madre está desconcertada. Muy desconcertada.

Después se empezó a pellizcar la nariz. Lo hace siempre que no está seguro de si debe decir lo que quiere decir. Cuando ya tenía la nariz totalmente roja, soltó por fin:

–Bueno, a lo mejor... Quiero decir... O sea... su madre la va a llevar mañana al colegio para que no vuelva a hacer pellas... y quizá podrías ocuparte un poco de ella.

–¿Ocuparme de ella? –pregunté atónito.

–Bueno, para que no vuelva a faltar.

Debí de poner muy mala cara, pues mi padre añadió en voz baja:

–Solo era una idea.

Y entonces se fue a su cuarto de trabajo y cerró la puerta. Al poco tiempo le oí hablar por teléfono. No distinguía con quién hablaba o qué estaba diciendo.

«¿Se habrá ofendido?», me preguntaba. Normalmente mi padre no cierra las puertas en casa. Ni siquiera la del baño. Por eso hasta mis amigos saben que hace pis de pie, no sentado.

Por la mañana estoy siempre de mal humor, por eso me encantaría caminar solo hasta el colegio. Pero Laura no tiene ninguna consideración al respecto. Vive tan solo a un par de casas de la mía, y cada día me espera a la puerta de nuestro jardín. Se pasa los siete minutos de camino al colegio parloteando sin parar, y no le mo-

lesta en absoluto que yo vaya a su lado, muerto de sueño, arrastrando los pies y completamente mudo. La mayoría de las veces estoy tan adormilado que ni me entero de lo que me está contando.

Así fue también el miércoles a primera hora de la mañana. Solo me empecé a despertar cuando llegamos al cruce entre el parque y el colegio y esperamos impacientes a que el semáforo se pusiera en verde.

Laura estaba diciendo:

–... Parece que aprendió algo completamente distinto.

–¿Quién ha aprendido algo completamente distinto?
–pregunté entre bostezos.

–Pero bueno, Tapón, ¿es que hablo en chino? –me increpó Laura.

Entonces me contó a la velocidad del rayo un resumen de lo que me había estado explicando con todo detalle durante los últimos cinco minutos, y era lo siguiente: su mamá y la madre de Anna Lachs habían sido compañeras de trabajo hacía muchos años y después habían perdido el contacto. Pero el domingo anterior, la señora Lachs había llamado a la madre de Laura para anunciarle que volvía a vivir aquí. Y el martes, la mamá de Laura había invitado a cenar a la señora Lachs y a su hija. La madre de Laura solo le había contado a su hija que iban a ir a cenar una antigua compañera de trabajo, Sabine, y su hija, por lo que no es de extrañar que Laura se quedara atónita cuando en su casa apareció «la nueva». Y cuando la señora Lachs descubrió que Laura estaba en la misma clase que Anna, susurró:

–Estupendo, Anita, ¡ya tienes una nueva amiga!

A la mañana siguiente, Laura seguía furiosa con la señora Lachs.

–Qué estúpida, esa Sabine –dijo–. ¡Decide por mí así, sin más, y pretende que sea amiga de la rara de la Foca! Y eso que ella ni siquiera quiere ser mi amiga. No cruzó una palabra conmigo. Estuvo todo el tiempo sentada a la mesa completamente tiesa, y lo único que dijo, fue: «Mamá, me quiero ir a casa». ¡Cuatro veces!

Cuando llegamos al guardarropa, en el sótano del colegio, para colgar los abrigos en las taquillas y cambiarnos las botas por las zapatillas de clase, Laura seguía diciendo:

–Y después mi madre le dijo a mi padre que Sabine Lachs ni siquiera se había mudado a Viena por un puesto mejor y más dinero, sino por un hombre del que está enamorada. Porque él vive aquí.

Me encogí de hombros. Me parecía que los asuntos amorosos de la señora Lachs no eran cosa mía. Y es que yo era, ya lo he mencionado, un tontorrón bastante ingenuo.

Cuando subí a clase con Laura, Anna Lachs ya estaba sentada en su sitio exactamente igual que hacía dos días: la cabeza inclinada hacia abajo y los brazos cruzados.

Me senté, murmuré un débil «buenos días» por amor a mi padre y coloqué las cosas de la mochila sobre la mesa. Por supuesto, no obtuve respuesta.

La primera clase era Lengua, con la señorita Wurm, que nos preguntó los pronombres relativos y las oracio-

nes relativas. Se dirigió muchas veces a mi vecina, pero la Foca reaccionaba con un tenso encogimiento de hombros hasta con las preguntas más fáciles, como cuál es el pronombre relativo más usado. Y eso incluso después de que Conny le susurrara la respuesta: «que». Y lo tenía que haber oído, porque hasta yo, que estoy sentado bastante lejos de Conny, me enteré.

Tampoco los demás profesores tuvieron mucha más suerte que la señorita Wurm: ¡la antipática de la Foca permanecía callada! A mediodía, cuando sonó la campana, Anna Lachs volvió a levantarse para salir de clase, pero Znaimer, nuestro profesor de Biología, que no es tan simpático como la señorita Kurz, no se lo permitió.

–Espere, señorita –exclamó, indignado, cuando Anna Lachs agarró el pomo de la puerta–. ¡Aún no ha concluido la clase!

Ante lo cual, la Foca se quedó de pie esperando. Pero Znaimer consideró que aquello no era suficiente:

–¡Vuelve a sentarte ahora mismo! –la reprendió.

La Foca soltó el pomo de la puerta, volvió al pupitre a paso de tortuga y, cuando por fin llegó, se dejó caer sobre la silla. En cuanto se hubo sentado, Znainer nos deseó una buena tarde y salió del aula. La Foca dio un salto, agarró la mochila roja y se apresuró a seguirle.

–Más vale que nos olvidemos de esa –dijo Marius.

Asentí, y la mayoría también lo hizo. Solo Conny respondió:

–Las primeras impresiones pueden ser engañosas. No hagamos juicios precipitados.

Conny siempre es así. Me recuerda mucho a mi padre. También se enfada cuando alguien se ríe del viejo Sandler, que a veces duerme en un banco del parque. Y creo que cada semana guarda un poco de su paga en una hucha y por Navidad dona a Cáritas todo lo que ha ahorrado.

El jueves, durante el desayuno, mi padre preguntó si la hija de su compañera de trabajo ya estaba un poco más «integrada».

–Para nada. Esa anda mal de la azotea –repuse.

–Pero en su antiguo colegio era muy popular... –dijo mi padre–. Hasta la nombraron delegada de clase.

–Debía de ser un colegio extraño –respondí.

–Seguro que allí no era como aquí –insistió mi padre–. Mucha gente se comporta de manera singular cuando está en un lugar nuevo.

Y entonces me volvió a pedir que fuera simpático con ella. Dado que Laura ya estaba esperando junto a la puerta del jardín, no me dio tiempo a explicarle que no tenía ninguna gana de ser simpático con alguien tan antipático como ella y que además me llamaba idiota. Murmuré evasivo:

–Ya veremos.

Entonces cogí la mochila y salí a toda prisa de la casa.

–¡Por fin! ¿Dónde estabas? –me recibió Laura–. ¡Se me van a congelar los pies!

–Eso es difícil con cinco grados –dije.

–Cinco grados con viento húmedo del norte a ochenta kilómetros por hora dan una sensación térmica de menos dieciséis grados –me instruyó Laura, y echó a andar.

Solo cuando llegamos al cruce entre el parque y el colegio caí en la cuenta de que Laura no había vuelto a decir nada después de «menos dieciséis grados». En todos los años que habíamos caminado juntos al colegio, nunca había pasado algo así.

–¿La sensación térmica te ha congelado la lengua?
–pregunté.

Laura puso cara de señora importante y suspiró profundamente.

–¡Sé algo que en realidad no te debería contar porque le juré a mi madre que mantendría la boca cerrada!

Puesto que Laura nunca ha cumplido una promesa, esperé con paciencia. Por fin, cuando alcanzamos la puerta del colegio, llegó el momento:

–Se trata de la madre de la Foca. Después de clase te informo.

–Vale –dije, pero en realidad no tenía ganas de que me contara ningún secretito que concerniera a la madre de mi compañera de pupitre. No me interesaba esa señora; ni siquiera me interesaba su hija. Solo deseaba que se fuera. Si no de la clase, por lo menos del pupitre. Con cada hora que tenía que pasar sentado junto a esa cascarrabias, crecía mi antipatía hacia ella. Era simplemente inaguantable. Hasta su olor era repugnante. Como a queso pasado. Y, en cualquier caso, su comportamiento era anormal.



Normalmente me hace gracia cuando un alumno ignora lo que le piden los profesores. Pero no había nada de divertido en la actitud indiferente y apática de la Foca, que no reaccionaba ante nada. Era monótona y enervante. Y no era yo el único que pensaba así, pues aquel día me pasé las pausas entre clases yendo de mesa en mesa para tratar de convencer a alguien de que me cambiara el sitio. Pero nadie estaba dispuesto. Ni siquiera la indulgente Conny.

Además, resultó que la Foca se había enterado de mis inútiles intentos por conseguirle un nuevo compañero de pupitre porque, tras la última pausa, cuando me dejé caer resignado en la silla, ella chilló:

–¿Crees que a mí me hace gracia tener que sentarme al lado de un idiota como tú?

Me había olvidado por completo de que Laura me quería contar un secreto. Solo me acordé cuando vino corriendo detrás, me adelantó y jadeó:

–Pero me tienes que jurar que no le dirás a nadie quién te lo ha contado, o mi madre se pondrá furiosa.

–Lo juro –murmuré, y pensé: «¿Qué tontería me va a contar ahora?».

Entonces, con cara de señora importante, Laura dijo:

–El hombre por el que Sabine Lachs se ha mudado a Viena es tu padre. ¡Se quiere casar con él!

Estaba tan perplejo que me quedé parado, mirándola con la boca abierta.

–¡Sabine se lo contó a mi madre! –dijo Laura–. Y mi madre se lo contó a mi padre. Y él no se dio cuenta de que yo no lo debía saber, y me lo contó. Tuve que jurar a mi madre solemnemente que no se lo diría a nadie, y menos a ti. Pero creo que tienes derecho a saberlo. ¡No pueden ignorarte de esa manera!

Respiré hondo tres veces y murmuré:

–¡Qué tontería!

Y seguí andando.

–No es una tontería, ¡es la verdad!

Laura me agarró de la manga y caminó conmigo.

–Llevan casi dos años juntos, en secreto. Desde que se conocieron en un congreso en Viena.

Habíamos llegado a la puerta del jardín. Sacudí la mano de Laura para que me soltara la manga y exclamé:

–¡Eso es otra tontería!

Entré en casa, bastante confuso.

–¡Ya verás como lo que te estoy diciendo es verdad!
–gritó Laura desde el otro lado de la puerta.

● 3

DEBO COMPRENDER A MI PADRE

PASÉ LA TARDE haciendo los deberes de Lengua: un resumen de una historia sobre un accidente de tráfico en el que resultan heridas leves dos personas. Normalmente acabo algo así en un tris, pues la señorita Wurm se contenta con que escribamos una página. Pero estaba vez no lograba sacar ni una sola frase decente. No me podía concentrar, porque no paraba de preguntarme si Laura habría dicho una tontería o la verdad.

Alrededor de las cuatro de la tarde, decidí poner fin a ese sufrimiento y obtener una respuesta. Llamé a mi padre a la oficina. Su secretaria me informó de que el doctor se había marchado a mediodía y no le esperaba de vuelta.

Para cenar me descongelé una pizza cuatro estaciones y, como tenía un montón de champiñones, los usé para hacer el oráculo par-impar. Si hay un número par de champiñones sobre la pizza, pensé, entonces lo que ha dicho Laura es una tontería. Si hay un número impar, es la verdad.